

mi espíritu la fuerza primitiva, que es eterna como tú, igual á ti, y maldigo mi condición de criatura». ⁽¹⁾

Considerados desde este punto de vista, la predilección por el diablo y el culto del diablo que se halla en la literatura moderna adquieren más seria importancia, que la de una simple perversión del gusto, y nos vemos tentados á creer en un pacto diabólico internacional. En Francia figura en primera fila Soulié, que escribió tres obras tituladas: *Sathaniel*, *Las Memorias del diablo*, *El hijo de Satanás*. La literatura alemana tiene su diablo en los *Viajes de Weckherlin*, las *Memorias de Satanás* de Hauff y el *Elixir del diablo* de Amadeo Hoffmann; Flandes tiene su *Lucifer* de Manuel Hiel; Italia su *Satanás* de Prati y otros de que hablaremos después. En Inglaterra escribió Croley su *Himno á Satanás*, Aird el *Sueño de Satanás*, Southey, de concierto con Coleridge, escribió los *Pensamientos del diablo*. Una de las historias del diablo más groseras y desagradables, que sería perfectamente digna del siglo XVIII, nos la suministra la literatura rusa en *El demonio* de Lermontow.

Verdad es que las obras citadas y muchas otras semejantes no son tan escandalosas como podría creerse por su título, pero el haberle escogido da ya mucho que pensar; deben los autores estar seguros de llamar la atención con él y ejercer considerable atracción en el público; pero algunos no vacilan en proclamar el culto del diablo en toda su crudeza. El *Breviario del pesimismo* refresca en todas sus formas las antiguas doctrinas que ya conocemos acerca del demiurgo, el príncipe del mundo y el dios malo del antiguo Testamento. ⁽²⁾ Predica el antisemitismo únicamente porque es intolerable el dios judío ⁽³⁾ y recomienda la moral de los arias, especialmente de los griegos, porque ve en ella la oposición más completa á la religión inseparable del sombrío yugo de Jehovah. ⁽⁴⁾ Pero como debe

(1) Lenau, *Ibid.*, 442.

(2) *Pessimistenbrevier*, (2) 368.

(3) *Ibid.*, 257.

(4) *Ibid.*, (2) 324.

admitir él mismo que no es fácil emanciparse de la soberanía de Dios, llega en su cólera á proferir blasfemias que no se pueden referir. ⁽¹⁾ No sabe más que maldecir á Dios y llamarle un espíritu malicioso, negro en su cuerpo y en su alma. ⁽²⁾ Arihmán tiene el predominio en la vida y lo conservará; ⁽³⁾ el mundo es regido por especial providencia de un diablo soberano que cuida de relevar los centinelas, tan pronto como se muestra demasiado débil uno de sus espíritus malos. ⁽⁴⁾

Aquí no hay duda de que se tomó en serio la tentativa de destronar á Dios y de hacer del diablo un dios en cuanto es posible. Ahora comprendemos las palabras de Lenau: «Las obras del diablo acaban por convertirse en culto de Dios». ⁽⁵⁾ Comprendemos que debe tomarse al pie de la letra lo que dice, enagenado de júbilo, el Fausto de Grabbe después de haberse entregado á Satanás: «Me conviene el infierno, y con él tomaré el cielo por asalto». ⁽⁶⁾

Palabras terribles, pero que sin vacilar pueden tomarse como consigna de los representantes conscientes del llamado espíritu moderno; los otros no son más que unidades. Los representantes del Humanismo, que saben bien el fin que persiguen, no se proponen menos que renovar el ataque de los Titanes contra el cielo, y á este fin no temen hacer un pacto con el diablo. Uno de los más brillantes poetas de la España moderna, Espronceda, compuso un poema: *El estudiante de Salamanca*, que, según dicen, se hizo muy popular entre sus compatriotas. Su objeto es mostrar á su patria cómo puede emanciparse de Dios y de la fe que hasta ahora profesó. Un joven libertino encuentra á cierta mujer en quien, aunque cubierta con blanco velo, cree entrever facciones seductoras; la sigue, y llegan á una escalera, por la cual descenden, pero que parecía

(1) *Pessimistenbrevier*, 353.

(2) *Ibid.*, 207.

(3) *Ibid.*, 418.

(4) *Ibid.*, 345.

(5) Lenau, *Albigenser*, 619.

(6) Grabbe, *Don Juan und Faust*, 2, 1.

interminable; sin embargo, no se amedrenta. Por fin llegan al término, y están en el infierno. Tampoco le espanta eso. ¿Qué le importa el infierno si puede satisfacer su pasión? Arranca á la mujer el velo que la cubre: no es más que un cadáver horrible. Poco importa: ¿qué es un cadáver? ¿qué es el infierno? ¿qué es el diablo? dice. Llegaré hasta el fin: es lo que deseo, aunque tenga que comprometerme á permanecer aquí. Y así sucede: se casa con el cadáver con gran júbilo del infierno. ⁽¹⁾

¿Qué horrible y diabólica atrocidad! Pero es la propia del Humanismo lógico, decidido, del anticristianismo antiguo y del moderno. Byron proclamó ya el mismo evangelio en su *Cain* y en su *Manfredo*. Su amigo Shelley que compartía sus sentimientos, predicó en su juventud el ateísmo como la única religión digna del hombre instruído actual; y al hablar así no se propone la negación de Dios, sino tan sólo la impiedad y el odio á Dios. Cree en Dios, y por eso precisamente le detesta, y le odia tanto precisamente porque no puede dejar de creer en él: por eso mismo adora á Satanás, y aun pone más alto á Prometeo, ese carácter más poético que Satanás mismo, dice, porque el valor y la lucha paciente y forzada del hombre débil contra la divinidad omnipotente merecen toda nuestra admiración. ⁽²⁾ Porque el ideal de Shelley, ⁽³⁾ es «desafiar al soberano ante quien todo se inclina; no vacilar, no arrepentirse, no ceder».

Admira toda la historia del mundo como «la lucha larga, pero indecisa», ⁽⁴⁾ entre poderes iguales en fuerza y en astucia, entre el águila y la serpiente, es decir, entre Dios y Satanás, dos genios gemelos que tienen los mismos derechos. ⁽⁵⁾

Pero pronto se decidiría el éxito de la lucha si la humanidad quisiera acordarse de su fuerza y de su deber, pues

(1) Dohm, *Spanische Nationalliteratur*, 582.

(2) Shelley, *Prometheus (Seybt) Einleitung*.

(3) *Ibid.*, 92.

(4) Shelley, *Empörung des Islam*, 1, 14.

(5) *Ibid.*, 1, 25.

habría de reconocer que hizo mal desconociendo el espíritu del bien, y haciendo de él una odiosa serpiente. ⁽¹⁾ Para eso debería dejar á la serpiente herida y ensangrentada reposar, cuidarla, ponerla á su protector abrigo para que se restableciera y adquiriese nuevas fuerzas para triunfar. ⁽²⁾

¡Y nos burlamos de las antiguas historias de diablos y brujos! Pero ¿en qué difiere el espíritu moderno del antiguo, de ese espíritu que Marlowe nos describe como existente en tiempo de los brujos? Mefistófeles dice: «Escuchamos cuando alguien blasfema de Dios, abjura de la Escritura y de Cristo su Salvador. Volamos para apoderarnos de su corazón orgulloso. Sólo pueden decidarnos á obrar los casos en que se trata de la salvación de una alma; por eso el mejor medio de conjurarnos es rechazar toda divinidad, y suplicar al señor del reino infernal».

Y el antiguo Fausto responde: «Desde hace mucho seguí esta doctrina y no conozco más señor que Belcebú, á quien me consagro con toda mi alma. No me aterra la palabra condenación. Infierno y Eliseo son lo mismo para mí». ⁽³⁾

La única diferencia entre antes y ahora es que los antiguos adoradores del diablo y los brujos eran relativamente serios y moderados en comparación de los modernos: ciertamente no alcanzaron los tiempos pasados la desverguenza y frivolidad con que Béranger describe en su excursión al infierno sus sentimientos acerca del mismo y del diablo. No es posible reproducir aquí toda esa poesía criminal; lo siguiente bastará: «Los que teméis á Lucifer bajo la fe de vuestra niñera, acercaos y os daré noticias del infierno. Allí no hay calderas ni llamas; y por graves que sus faltas sean, nuestras pobres almas recobran algún cuerpo en los infiernos. ¡Ah! nada hay menos espantoso que el aspecto del demonio; su majestad comía entre Epicuro y Ninon». ⁽⁴⁾

(1) Shelley, 1, 27, 28.—(2) *Ibid.*, 1, 20, 22.

(3) Marlowe, *Doctor Faustus*, 1, 4.

(4) Béranger, *Chansons (Bruxelles, 1832)*, I, 66 y sig.

Aún más repugnantes son las letanías satánicas de Baudelaire, seguramente compuestas, como la canción de Béranger que acabamos de citar, para ser cantadas en una fiesta de logias. Teófilo Gautier procura excusar como broma inofensiva esta blasfemia: «¡Oh tú, el más sabio y el más bello de los ángeles, dios traicionado por la suerte y privado de alabanzas; oh Satanás, ten piedad de mi larga miseria!».

«¡Oh príncipe del destierro, á quien tanto daño se hizo, y que vencido resurges más fuerte, oh Satanás, ten piedad de mi larga miseria!»

«Tú, que lo sabes todo, gran rey de las cosas subterráneas, médico familiar de las angustias humanas, oh Satanás, ten piedad de mi larga miseria!»⁽¹⁾

Aquí el primer paso, la bajada al infierno, el pacto con el diablo, se verifican de modo tal, que jamás fueron excedidos en un conciliábulo de brujos.

Veamos ahora el segundo paso, el asalto del cielo. Proudhon, que alcanzó las más altas jerarquías masónicas, le dió de una manera, como el mismo Satanás nunca se hubiera atrevido á hacer. «Espíritu mentiroso, dice á Dios, miserable Dios, tu reinado acabó. Busca entre los animales otras víctimas. Padre eterno, Adonai, Jehovah, hemos aprendido por fin á conocerte, y sabemos ahora lo que eres, lo que has sido, lo que eternamente serás; tienes envidia al hombre y eres su tirano. Los insensatos te piden perdón por las faltas que han cometido, y eres tú quien las hizo necesarias. Tú eres el maldito, tú nos tiendes lazos, tú eres el Satanás verdadero.»⁽²⁾ Si alguien merece el infierno, es Dios,⁽³⁾ cuyo nombre significa tontería y abyección, hipocresía y mentira, tiranía y miseria; Dios es el mal».⁽⁴⁾

Como se ve, nada tienen que echarse en cara los pueblos cuando se trata de saber cuál de ellos puede hablar

(1) Baudelaire, *Fleurs du mal*, 2.^a ed. (*Œuvres*, 1869, I, 332 y sig.

(2) Proudhon, *Système des contradictions économiques* (1846), I, 415 y siguientes.

(3) Proudhon, *loc. cit.*, I, 412.

(4) Id., *loc. cit.*, I, 416.

con más insolencia contra su Señor y su Dios; pero en ese triste pugilato son los italianos sin duda quienes merecen el premio. Han buscado y excedido á todo en las blasfemias contra Dios; entre ellos encontró Satanás sus adoradores más francos, más audaces, más numerosos, de tal suerte, que una inglesa, Mary Hargrave, pudo decir que, si la nueva Italia tenía que escoger un nuevo patrono, haría muy bien eligiendo á Satanás á quien con tanta solemnidad celebra.⁽¹⁾

Carducci se hizo jefe de esos adoradores del diablo; debe su fama al célebre himno á Satanás. No hay duda en que tiene gran poesía en su género, y eso explica la indescriptible admiración de que fué objeto; pero nunca hasta entonces se había visto tal rabia contra la fe, temeridad semejante en la glorificación del mal. «Como el fulgor del relámpago y el rugido de la tempestad, pasa, oh pueblos, Satanás el Grande. Se le vé, distribuyendo beneficios, elevarse en los aires victorioso en un carro de fuego. Salud á ti, Satanás, señor de la vindicación y de la rebeldía del espíritu. Permítenos ofrecerte sacrificios de adoración, porque tú venciste al Dios de los sacerdotes».⁽²⁾

El mismo Carducci no tuvo de pronto valor para publicar estas horribles palabras, y dice que todos los periódicos republicanos y francmasones se apoderaron de ese himno con entusiasmo irresistible. En un momento se convirtió en el hombre más celebrado de Italia; puesto en evidencia por las turbas, se atrevió á exclamar públicamente: ¡Abajo Dios, no le queremos! Se hizo el aplauso más fuerte y general cada vez; cuando el Concilio Vaticano se reunió el día 8 de Diciembre de 1869, los periódicos francmasones no encontraron mejor medio para perjudicar á esa manifestación de la fe cristiana, que reimprimir el himno, como evidente prueba de que había dicho la verdad, cuando, en nombre de su época, de la sociedad, de la ci-

(1) Franck Leslie's, *Monthly*, Oct., 1893. *Review of Reviews*, III, 399.

(2) Carducci, *Satana*, (14) 41.

vilización, cuyo jefe había llegado á ser, añadió estas palabras terribles: «Somos satánicos». ⁽¹⁾

El considerable número de imitadores que encontró demuestra cuán cierto es eso; si no tuvieron su espíritu y su fuerza, á lo menos le igualaron en su odio contra Dios. Rapisardi es quien más se le aproxima; su *Lucifer*, obra prolija é indigesta, evidentemente ocupa el primer lugar entre cuanto el espíritu de blasfemia contra Dios ha producido. Introduce al mismo Satanás, que habla de este modo: «Yo soy más de lo que á primera vista se cree; tengo en la tierra más poder y dominio que ningún dios. No es extraño; sobre la piedra eterna del pensamiento se alza mi trono altísimo. Nadie en el universo se atreve á resistirme, si no ese fantasma de Dios. Fiero y soberbio, tiene la audacia de combatirme á mí, el eterno; sí, á mí, que á ese ser nacido del terror daré por mi mano la muerte». ⁽²⁾ Ese dios deja que un pueblo vil le llene la nariz con espeso humo de incienso; y reina fiero, estúpido, inmóvil, divirtiéndose con juegos de niños y con sangre humana. Yo, sólo de verdad vivo; un coro de sacerdotes inicuos, de ministros anfibios, de limitado entendimiento, le rodea; su vida y su poder proceden de enigmas y misterios». ⁽³⁾

Después, recorriendo la historia de la humanidad desde Prometeo, muestra el poeta á su modo cómo toda victoria de la ciencia y de la civilización trae como consecuencia una nueva pérdida para Dios, una adquisición nueva para Lucifer. Los partidarios de Dios son cada vez menos numerosos; la defección comienza hasta en el cielo. Por fin sólo quedan fieles á Dios la burra de Balaam, el asno del pesebre y el puerco de San Antón. ⁽⁴⁾ Pero cuando Lucifer mismo emprende el asalto del cielo para acabar de una vez con Dios, también esos animales huyen. El antiguo Dios está tembloroso delante de Satanás cuando éste con su

(1) Carducci, *Ibid.*, 24.

(2) Rapisardi, *Lucifero* (2), canto 4, p. 97.

(3) *Ibid.*, p. 99.

(4) *Ibid.*, canto 15, p. 406 y sig.

flamígera espada penetra en las últimas trincheras y le habla de este modo: «Llegó tu última hora, Dios soberbio, tan temido sin razón. Ese viejo arte de cambiarlo todo, la forma y los nombres, de nada te sirve ya. ¡Basta de ídolos como éste! Contigo se extingue la forma, el nombre y hasta el pensamiento de Dios de la humanidad».

«Así diciendo, le hirió con su agudo rayo, y le atravesó. Como hierro candente sumergido en agua, crepitaba el efímero simulacro del Numen; y como se descompone y se deslía humeante la cal, así desaparece ante el rayo de la verdad aquella vana sombra, trémula, arrojada á la nada y extinguiéndose en los aires».

«De ese modo murió el eterno. Las estrellas siguieron siempre su ordinario curso; el brillante Lucifer descendió triunfante del cielo; el viejo paciente, inflexible y amarrado á su roca, Prometeo, le oye esclamar: «Levántate; el gran tirano ya no existe». ⁽¹⁾

¡Y se dice que el diablo está pasado de moda! ¡que solamente ha sido una ilusión de los antiguos tiempos! En cuanto á nosotros, creemos que jamás estuvo tan pujante como hoy; tal vez nunca se encontró más satisfecho en la tierra, que cuando el Humanismo alcanzó sus últimos progresos, y puede mostrar qué terribles frutos contiene su semilla.

(1) Rapisardi, *loc. cit.*, p. 409 y sig.